

EL CONFLICTO DEL CONGO / El 'triángulo de la muerte'

Desde que Gédéon tomó las riendas de la milicia mai-mai en el noreste de la provincia congoleña de Katanga, la zona donde operaban sus hombres se rebautizó como *Triángulo de la muerte*. Los testi-

monios de sus víctimas y de sus guerreros hablan de asesinatos, torturas, extorsiones, violaciones, poderes sobrenaturales, amputación de órganos, enrolamiento de niños y casos de canibalismo. Lí-

der militar y espiritual de la milicia fetichista de los mai-mai, Gédéon empezó a ser procesado en Kipushi el 5 de junio, tras haber pasado más de un año custodiado por las autoridades de Kinshasa.



Las siluetas de los desplazados llenan el camino en los amaneceres de Mitwaba, en la región de Katanga, en la parte meridional de la República Democrática del Congo. / GEMMA PARELLADA

Habla Gédéon, el asesino semidiós de los mai-mai

GEMMA PARELLADA
Especial para EL MUNDO

MITWABA (REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO).— Unos largos minutos, parte del ritual preparatorio, preceden la recepción. Una mujer —«la» mujer— se acerca arrastrando una voluminosa masa corporal y abre la puerta de la habitación: una pequeña sala semioscura, dividida en dos por una vieja, raída y descolorida tela que cuelga del techo. La primera mitad del espacio está vacía y sólo cuando la gruesa mano de la mujer aparta solemnemente el pedazo de ropa aparece la silueta del hombre más célebre de la provincia: Gédéon.

El monstruo incrustado en el imaginario de los habitantes de Katanga —región en el sur de la República Democrática del Congo— es, en su versión de carne y hueso, una figura pequeña y delgada, de 38 años. Su di-

«Los mai-mai queremos colaborar con Kabila para reunificar a la República Democrática del Congo»

minuta silueta espera sentada en el suelo, en silencio. Del torso huesudo cuelgan numerosos fetiches como única vestimenta y su cabeza se mantiene escondida bajo una suerte de capucha gruesa que le oculta desde el pelo hasta la mirada.

Encryptando su expresión y su rostro, el señor de la guerra y gurú de los mai-mai —siempre con la fiel complicidad de su esposa— trata de embalsamar la atmósfera de mística con cada detalle. Un largo silencio inicial, la negativa posterior a hablar en francés —idioma que dice haber olvidado— y la instalación de su séquito de centinelas —algunos de ellos no tiene más de 12 años— al otro lado de la tela, junto a la puerta, dejan claro que él es un hombre que supo convertir su vida en una leyenda.

El caso de su compatriota Thomas Lubanga amenaza su impunidad, ya que este otro señor de la guerra congoleño será el primer individuo en ser juzgado por crímenes

Tras haber combatido a golpe de magia y machete contra el Ejército, el temido líder guerrillero está dispuesto a trabajar con Kinshasa



El líder militar y espiritual de los mai-mai, Gédéon, con su mujer y su hijo en Lubumbashi, en la frontera con Zambia. / G. P.

de guerra por la Corte Penal Internacional. Gédéon, quien empezó a ser procesado el 5 de junio, tras haber pasado más de un año custodiado por las autoridades militares de Kinshasa, se muestra prudente: «Ahora la guerra ha terminado, lo que queremos es unirse al Gobierno y trabajar conjuntamente con él. Con el nuevo rumbo del país el Ejecutivo tiene ahora un objetivo: la reunificación del Congo. Los mai-mai compartimos este fin y por eso estamos dispuestos a colaborar con el presidente [Joseph] Kabila».

El conflicto en el llamado *Triángulo de la muerte* enfrentó a los mai-mai y a unos militares anárquicos del Ejército regular ajenos a los mandos de la capital, Kinshasa, que abusaban de la población local con robos, vejaciones y violaciones. Fue ante esos abusos que, en 2001, resurgió el movimiento de los mai-mai en Katanga. Originalmente actuaban como fuerzas de defensa popu-

lar unidas para luchar contra los invasores ruandeses, pero, bajo las órdenes de Gédéon, pronto empezaron a extorsionar a la población, exigiendo que los civiles les alimentaran como *pago* para su protección o que los hombres se unieran a ellos: una negativa suponía la tortura o la muerte.

Poderes ancestrales

Perdiendo su original razón de ser y los escrúpulos, y con unos poderes ancestrales tan respetados como temidos, los mai-mai se convirtieron en una nueva pesadilla para los mismos civiles a los que, en un principio, pretendieron salvar.

En esa tierra sin ley la guerra se desarrolló sin más límites que los de la imaginación y, cuando el conflicto se recrudeció en noviembre de 2005, empezó un éxodo masivo. Solamente a la localidad de Mitwaba llegaron más de 17.000 desplazados. «Nunca

hemos atacado a los civiles, solamente a los invasores y a los militares que abusaban de la población. Hemos ayudado al país a protegerse de las fuerzas negativas y nuestro trabajo y sacrificio deben ser reconocidos, no castigados», se defiende Gédéon, cuyo verdadero nombre es Kyungu Mutanga. Alegando que ahora es «tiempo de paz», el líder mai-mai se muestra dispuesto a unirse al Ejército nacional «luchando con él y no contra él».

Olvidando rencores, de repente no ve problema a juntarse a los que hace unos meses combatía a golpe de magia y machete. Pero en el plan de desarme y rehabilitación que está llevando a cabo el Gobierno en Mitwaba, lugar donde su guerrilla se entregó, la mayoría de sus hombres están optando por volver a la vida civil, en vez de entrar en el proceso de reintegración en el Ejército, posibilidad que se les ofrece. «Esto ocurre porque no tienen noticias mías y

muchos creen que estoy muerto. Cuando vuelva van a hacer lo que yo decida. Serán fieles a mis órdenes».

En Mayo del año pasado, Gédéon entregó las armas junto a unos 150 de sus milicianos, tras las negociaciones en una cabaña de paja a las afueras de Mitwaba con representantes de la Misión de las Naciones Unidas en el Congo (MONUC): «Cuando decidí dar la guerra por acabada, al ver que los enemigos se habían neutralizado, di la orden de salir de la selva, donde habíamos vivido durante mucho tiempo, pero los militares no nos lo permitían, atacándonos cada vez que queríamos avanzar. Por eso fui a buscar a los blancos [de la MONUC]».

La misión de Naciones Unidas, que ejerció de mediadora entre Gédéon y el Gobierno, gestionó su rendición y, una vez el señor de la guerra se entregó, le trasladó hasta Lu-

«Nunca hemos atacado a civiles, sólo a invasores y militares que abusaban de la población»

bumbashi, en la frontera con Zambia, donde el líder de los mai-mai pasó a manos de las autoridades de Kinshasa. «No se acordó nada [con los representantes de la MONUC]. Lo único que se me prometió es una reunión con el presidente del país que aún no se ha celebrado», afirma Gédéon.

Mientras tanto, en Mitwaba, en el campo de ex combatientes, sus hombres deambulan hambrientos y sin armas, a la espera de saber qué futuro les aguarda. Hablan del fin de la guerra, pero se quejan de la falta de alimentos y se enfadan con las autoridades porque no llegan los *kits* de salida con ropa y utensilios que les habían prometido. Y aunque, como una consigna bien aprendida, no se cansan de repetir que «la guerra se ha acabado», tampoco esconden que están listos para retomarla si es necesario.

Gédéon, unos kilómetros más al sur y mejor cuidado, vela por su fu-

EL CONFLICTO DEL CONGO / El 'triángulo de la muerte'

turo. ¿Retomar la guerra? «¿Con qué armas? Ahora esperamos la reunificación». Organizaciones como Amnistía Internacional y Human Rights Watch acusan a Gédéon de haber cometido crímenes de guerra y contra la Humanidad, por un conflicto al que nadie ha puesto una cifra aproximativa de muertos, difíciles de contar en esa zona remota y olvidada de África. Sin embargo, las ONG hablan de varios centenares.

Desde el momento en que Gédéon dio la orden a sus guerrilleros de entregarse, más de 180 niños soldados han llegado hasta Mitwaba, donde se les entrega ropa, comida y una rehabilitación exprés que en tres meses se da por acabada, además de un carné de ex combatiente que les identifica como tales. Pero el líder mai-mai se defiende: «Jamás he enrolado a niños, sencillamente he dado antibalas a aquellos que lo solicitaban. Les protegía con mis poderes ancestrales, pero no los mandaba a la guerra. No podía negarme a defender a mi pueblo».

«Cuando uno muere, su fuerza queda entre nosotros», reza una de las creencias ancestrales de los mai-mai. Es a través de rituales como recuperan la energía de sus antepasados. A parte de la inmunidad a las balas, que adquieren tras rociarse con el agua previamente ritualizada, se suelen ayudar de amuletos para albergar los espíritus de protección. «El agua mai-mai nos da la invulnerabilidad, pero, a parte de eso, cada brujo y cada serie de fetiches brinda una distinta protección. Los hay que permiten convertirse en pequeños animales, como una rata, para poder huir cuando acecha el peligro, o trasladarse a kilómetros de distancia en unos segundos», cuenta Gédéon.

Las ceremonias, que sólo pueden dirigir líderes y brujos, tienen lugar en unos laboratorios donde se mezclan los ingredientes para preparar los brebajes, los ungüentos mágicos y los amuletos. Para ello se usan «distintos tipos de plantas, plumas, pelaje de animales», relata inocentemente el líder, con su voz camuflada detrás de una máscara. ¿Y órganos y miembros del cuerpo hu-

«El agua mai-mai nos da la inmunidad a las balas, pero cada brujo brinda una distinta protección»

mano? Aunque la pregunta es en francés, idioma que dice no entender, al escucharla gira la cabeza hacia su esposa y empieza a murmurar en kiluba mientras gesticula. «Todas estas historias no son verdad», contesta finalmente enfadado, sin esperar la traducción.

«No puedo saber qué será de mí», confiesa. Pero quizás siga creyendo en la libertad, en un país donde se vivió, ante una absoluta ignorancia internacional, el conflicto más mortífero después de la Segunda Guerra Mundial, que aún perdura en el este del país. Entre las decenas de guerrillas, de señores de la guerra, de militares que han estado asesinando y maltratando a la población con total impunidad, ¿quién iba a fijarse en Gédéon? Pero sus cifras y sus métodos llamaron, ligeramente, la atención hacia la guerra que él libró, en la que, no hay que olvidar, los terribles mai-mai no fueron los únicos beligerantes.

El niño que cantaba en la guerra

Un menor que se enroló en la milicia a los cinco años cuenta su experiencia

G. P.
MITWABA.— La madre de Bijou dice que se sintió feliz el día en que su hijo, con cinco años, decidió «voluntariamente» unirse a los mai-mai. Su diminuto cuerpo, un par de bienios más tarde, se aguanta sobre unos tobillos como muñecas, luce una piel con múltiples testigos de su pasado—aún muy presente— y es el escaparate de una malnutrición que amenaza su supervivencia tras haber pasado media vida entre la selva y la guerra.

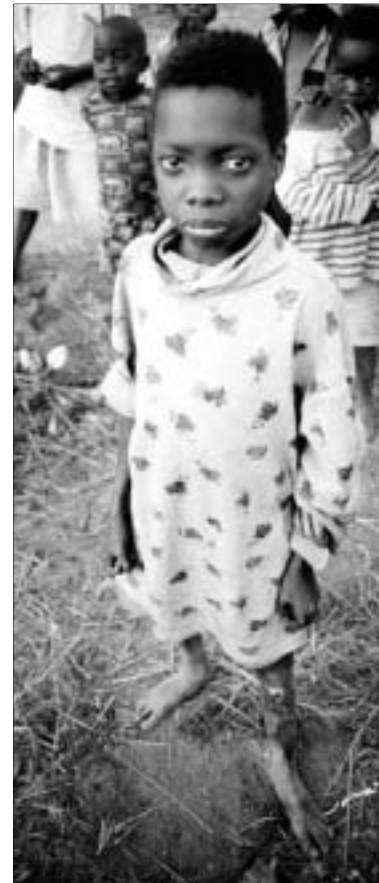
Según su madre, fue la indignación al ver los abusos que los militares del Ejército cometían contra su pueblo lo que empujó a su hijo a no resignarse a observar. «Vio cómo robaban nuestros bienes, arrasaban nuestros campos y abusaban de las mujeres. Ante el dolor de su familia y su gente decidió acompañar a su padre y a su tío cuando se iban a la lucha. Sentí alivio porque pensé que convirtiéndose en mai-mai estaría más protegido».

Ngombe, su tío y compañero de batalla, asegura con orgullo: «Bijou demostró siempre mucho coraje».

Y las parcas pero escalofriantes palabras del pequeño ex soldado muestran su temeraria valentía: «Nunca he tenido un arma, ni la he usado. Yo sólo cantaba».

Su timidez infantil huye de vez en cuando para dejar entrever unas ráfagas de fuerte carácter. Su función en la milicia era entonar cánticos de guerra para animar a sus compañeros y pedir a los ancestros que les protegieran. «Aunque parezca mentira, ésta es la realidad. Yo veía cómo las balas pasaban velozmente junto a mí», dice, y con una mano simula el trayecto de un proyectil que pasa de un lado a otro del rostro, acariciándole la mejilla.

Una de las melodías llama al pequeño pájaro que surca los cielos, al que vuela observando su presa, al que planea lentamente diviso su objetivo, sigilosamente, para no resquebrajar el silencio cómplice; la melodía invoca al ave que, de repente, con un movimiento sagaz, rápido e inteligente desciende a la tierra en picado para sorprender y capturar a su víctima. Así tienen fama de ser los ataques de los mai-



El ex niño soldado Bijou. / G. PARELLADA

mai: sorprendidos, rápidos, directos. Bijou conoce bien sus estrategias, aunque asegura que nunca empuñó ninguno de los machetes, hachas o *kalashnikov* con los que sus compañeros solían luchar.

Ngombe, más conocido como *Mandela*, se servía de cuchillo y ar-

co de madera, con hierro en las puntas de las flechas. Asegura que él nunca ha ingerido carne humana, pero reconoce que ha visto cómo lo hacían algunos de sus compañeros. Las historias de canibalismo, junto con aquellas que hablan de tala de partes del cuerpo humano, han alimentado el pánico y hecho crecer su leyenda de seres monstruosos.

«Algunos cortaban los sexos de las víctimas para adquirir la fuerza de la persona muerta. Con ellos hacían fetiches. Hay que dejar el miembro secarse al sol y luego se convierte en collar, por ejemplo, en el caso del órgano masculino, o en pulsera, si se trata de un clitoris», dice *Mandela*.

Cuando los mai-mai katan-gueses empezaron a llegar al campo de desmovilización se quitaron las pinturas y gran parte de los ornamentos de guerra, pero aún se pueden ver algunos coloridos fetiches—de los de madera y plástico— colgando de sus cuerpos y circulan rumores de que algunos otros de sus objetos de culto—de materias más controvertidas— permanecen en el mismo campo, en escondrijos bajo la tierra.

Bijou, a diferencia de otros ex combatientes, ya no luce amuletos, pero deshacerse de las creencias no es tan fácil como quitarse un collar. Y olvidar la guerra cuando siempre se ha vivido con ella es quizás tan difícil como sacar de la memoria una melodía de infancia, que permanece a lo largo del tiempo.

Réquiem por el padre François

La estremecedora historia del sacerdote al que extirparon el corazón cuando iba a ver a Gédéon circula por Katanga reforzando la leyenda de los guerreros mai-mai

G. P.
MANONO.— La historia del corazón del Padre François se puede escuchar, en distintas versiones, en todos los rincones de la provincia de Katanga. Pero ya en el Triángulo de la Muerte, las divergencias empiezan a confluir. En Manono, alguien que le conoció, y que pide que su identidad no se revele porque teme por su vida, desgrana con todo detalle el relato estremecedor.

El joven sacerdote acababa de ser ordenado cuando decidió embarcarse en la comprometida y peligrosa misión de buscar a Gédéon. Su propósito era reunirse con el jefe de los mai-mai y dialogar con él para convencerle de que pusiera fin a la guerra. Simon, un compañero, decidió acompañarle. Pensó que su remoto parentesco con Gédéon y su camaradería de infancia podrían ayudarles.

A finales de agosto de 2005, salieron de Lubumbashi, en un par de motos, rumbo al hogar del temido señor de la guerra, en la región de Pweto. Por entonces, los senderos de la región disponían de los llamados cinturones de seguridad, pequeños grupos de guerreros controlando el tráfico de personas, especialmente en la zona cercana al jefe. En una de estas barreras, los centinelas les exigieron explicaciones.

François rogó que les dejaran visitar a Gédéon, aseguró que era un «hombre de Dios» y que sólo quería hablar con él. Los milicianos les

República Democrática del Congo



D.S./ EL MUNDO

Milicianos sobrenaturales

Los guerreros mai-mai son un manantial de leyendas que se expanden por la RDC aterrorizando a cada aldeano que las escucha. Estas guerrillas comenzaron a actuar en la Segunda Guerra del Congo (1998-2003), para resistir la invasión de las tropas ruandesas y acabaron por dedicarse al pillaje y el saqueo.

Permanecieron al margen de los acuerdos de paz y, una vez que descendió la intensidad del conflicto, se alzaron como uno de los grupos más poderosos de la zona. Se dicen poseedores de un poder ancestral, que llega a hacer que las balas les reboten, atemorizando a la población hasta límites insospechados.

combinaron a volver al cabo de dos días. Consultarían al líder y les darían una respuesta. La contestación llegó en menos de 48 horas.

Antes de matar a los dos hombres, los guerreros les cortaron los genitales, les mutilaron y arrancaron el corazón del Padre. Con los órganos extirpados, rociaron los restos de los cuerpos con la gasolina de las motos y les prendieron fuego. Ésa fue la respuesta.

Con el botín en su posesión, los mai-mai regresaron para rendir cuentas a Gédéon, pero les sorprendió la noche. Hambrientos y cansados, pararon en una aldea para comer y descansar. Para no levantar sospechas, dejaron el paquete con los órganos fuera de la cabaña, allí lo encontró un perro, que se comió su maloliente contenido.

Al percatarse de lo sucedido, los mai-mai llamaron al dueño, Michel, y, junto al animal, lo llevaron al hogar de Gédéon. Michel, un desplazado sin bienes ni dinero, tuvo suerte: la gente del pueblo le ayudó a pagar la multa de cinco cabras que se le impuso como castigo y Gédéon fue clemente. Al perro, lo abrieron en canal para extraer su cena.

A la mañana siguiente, una sotana blanca y las maletas del Padre colgaban fuera de su casa. Los aldeanos huyeron aterrados y la historia del Padre François se escapó con ellos, traspasando montes y bosques, hasta extenderse por toda la provincia y un poco más lejos.